

El Baluarte

6 un

Subscription.—Sevilla: Un mes, 2 ptas.—
Un año, 20 ptas.—Provincia: Tres meses, 7'50
ptas.—Un año, 25 ptas.—Pago adelantado.
Número atrasado, 25 céntimos de peseta

DIARIO REPUBLICANO

REDACCION Y ADMINISTRACION

Lagar núm. 5.

NÚM. 190

Sevilla—Jueves 21 de Agosto de 1902

AÑO XXVI

Los alcaldes ante el rey

Hace pocos días publicamos nuestro artículo a propósito del congreso de alcaldes verificado en Santander, y las eminencias palatinas que acompañan al rey por esas provincias han venido a confirmar la necesidad de una federación de concejos para elevar los prestigios de los municipios y hacer respetar a palatinos y políticos las fuerzas de los pueblos y las preeminencias de los representantes de los concejos que, al fin y al cabo, constituyen la verdadera soberanía y son los que pagan y sostienen al Estado, mientras el Estado oficial los representa dignamente y no los arroja de aquellos actos y solemnidades en que les corresponde el primer puesto.

Si la vanidad de algún magnate palatino ó la servil adulación de algún funcionario ha podido inspirar ó pronunciar la frase *¡Fuera alcaldes!* que ha sonado en el viaje regio, cualquiera que sea el autor de la misma, ha debido ser despedido en el acto para no dar margen y autoridad a la especie que por ahí circula de que por ciertos elementos se trate de poner en ridículo al Gobierno y en lucha enconada con los concejos que el rey visita para preparar una reacción en favor del partido conservador, apoyado por los jesuitas de las comarcas del Norte, que influyen positivamente en los palatinos para que molesten cuanto sea dable a los alcaldes de las ciudades y villas que recorra el rey, mientras que ellos, bajo cuerda, fomentan la discordia en el ánimo de los pueblos contra el gobierno y contra la libertad.

Los palatinos siempre son ciegos de los ojos del entendimiento y tienen un concepto tan extraño de la libertad personal y de la soberanía de los pueblos, que su punto de partida es que el rey, ante el que doblan el espinazo, es el amo y señor de todo, y que las ciudades y villas y sus representantes, así como ellos, no tienen derechos, ni son personas libres, sino meros servidores del rey, ó, cuando más, sumisos ejecutores de la voluntad del monarca.

Todavía se conserva entre esos señores en el dicho y en la práctica «el más humilde criado de vuestra majestad»; y efectivamente lo son y como tales proceden, y como criados y como siervos sirven a su majestad.

Y no, en estos tiempos de gobiernos constitucionales con ministros responsables, los reyes no pueden ni deben viajar dirigiendo las jornadas y los festejos los servidores de su casa. El viaje de los reyes es una cuestión de Gobierno, y los ministros que aconsejan y tienen la responsabilidad ante las Cortes son los únicos árbitros y los directores efectivos de la excursión.

Los palatinos, por sus funciones de servicio personal y de dependencia directa del amo, no tienen noción de los derechos de los pueblos, ni concepto de la libertad y de la democracia; por eso arrojan a los alcaldes lejos del rey, como si aquellos no representaran nada, provocando una cuestión gravísima y dando lugar a que los impertinencias digamos siempre:—Ya lo veis: Las dos soberanías no pueden existir.—La gente oficial de Palacio trata mal a los pueblos. Es el obstáculo eterno, es la enemiga de siempre, incompatible, irreconciliable, imposible de vivir juntos y en paz.

La muralla de dorados uniformes de múltiples colores, de brillantes destellos que pagáis, se opone a que os aproximéis al rey y le podáis exponer al oído vuestras quejas y las desdichas que pesan sobre los pueblos que administráis.

Cuando así obran los palatinos y el Gobierno no vuelve por los fueros de los pueblos, los pueblos y sus alcaldes dejan solos a los palatinos para que paseen en triunfo eufónico al monarca.

A. A.

Murmuraciones

Para nosotros los sevillanos no hay noticia de más interés y actualidad que el calor, el enorme calor que estamos soportando.

¡Qué día el día de ayer!

¡Qué noche la noche pasada!

Quien tiene la costumbre ó el vicio de medir la temperatura, nos aseguró que ayer estuvimos a 54 grados al sol y a 46 a la sombra.

Con esa temperatura no hay cerebro que funcione bien, ni organismo en disposición de contribuir al engrandecimiento y adelanto de la humanidad, como dicen ahora todos los que piensan en filosofía barata.

Nuestras calles—hablo de las calles de la ciudad—son vías que conducen directamente al Averno.

Los transeúntes, con la ropa desabrochada, van soplando y mirando hacia los balcones a ver si desde ellos les arrojan un cubo de agua sucia, que no es la primera vez, ni será la última.

Las mujeres, con esa moda de llevar cogido el vestido con una mano y con la otra los encargos que salen a comprar, han venido a demostrar a los maridos y a los novios, etc., etc., que el abanico es un mueble caro, pero inútil para ellas.

Los únicos que en Sevilla están gozando estos días de verdadero calor son los señores concejales que han tomado por su cuenta descubrir, a campo traviesa, los caudales de agua potable con que pudiera contar la Empresa abastecedora de Sevilla.

En esta haza encuentran un pozo a nueve metros de profundidad, con dos de agua, y algunos centímetros de sanguiuélas.

En aquel cortijo dan con una noria, y en ella mister Friend hace experiencias para probar que el agua fecundante que en aquel pozo se almacena puede venir entubada a Sevilla para el año 1910.

Agua por acá, agua por allá: como no hablan más que de agua, los señores concejales se quedan, y están, tan frescos.

Iba diciendo, pues, que el calor nos tiene casi entontecidos, y apenas si se le ocurre a cualquiera otra cosa que hacerse de viento, buscar una rachita de aire, aunque éste venga por alguna boca del alcantarillado.

¡Iniciativas!

Dios las dé, que el Gobierno le impondrá la contribución correspondiente.

Hace bien el Consejo de Ministro en no remitirnos, por ahora, al rey hacia acá.

Porque, si así lo hiciera, de los siete millones que cobra no llegaban a Madrid ni tres: los cuatro restantes los derretía aquí el calor.

No es cierto—como se había dicho—que en nuestra ciudad se había formado una sociedad de Tenorios nocturnos, con escalera y todo, para recorrer de madrugada los balcones y ventanas abiertos de par en par.

Apenas se dió la noticia, parece que por el Ayuntamiento, ó por quien sea, trató de imponer una pequeña contribución a los veedores, igual a la que se ha impuesto por cada cabeza de animal que entre por los fieltos, y los tales por cuales desistieron de correr aventuras para evitarse disgustos.

El Santo Padre, por conducto de Rampolla, ha mandado su bendición al Seminario de Sevilla, a los seminariatas y a todos los servidores.

Los sevillanos, y quizá también los seminaristas, le hubieran agradecido más que hubiera mandado unos cuantos jardineros para arreglar el jardín del hoy Seminario, y ayer Palacio de los Duques de Montpensier.

Desde que entraron los servidores de Dios en dicho edificio, está éste que parece una cuadra.

Yo no sé cómo esta gente vende la gracia de Dios cuando tanto la necesita para su mejor aseó.

Un sereno esta mañana

me dijo sinceramente:

—¿Por qué no dice al alcalde

que nos quite ya este mueble?—

y me señalaba el chuzo

con su pincho reluciente.

—Ese chuzo—yo le dije—

quítarselo a usted no debe.

Ese chuzo, amigo mío,

es la tradición perenne.

Ese chuzo es más que chuzo:

eso es la luz con aceite,

el escapulario al cuello,

las glorias del año veinte,

cuando andaban por las calles

los ladrones y corchetes

con linternas y candiles

robando a Dios y a la gente.

Por donde quiera que va D. Alfonso trece van los disgustos con él.

Alentar en Burgos, y como quisiera el ministro de la Guerra que su coche fuera detrás del rey, el alcalde se molestó, oponiéndose al intento del general Weyler.

Y ya van dos pescosones seguidos los que lleva dicho general.

Como se los cuenten como méritos de guerra,

habrá que crear una jerarquía más alta que todas las que tenemos y pagamos para poder corresponder a tantos trabajos y servicios.

Porque Alejandro Sawa ha escrito un artículo pesimista hablando de España y sus arrabales, se enfada un señor Gallardo y le dice:

«Estaremos mal, muy mal; pero yo no quiero ser francés, ni inglés, ni alemán. La hermosura de las calles de Barcelona no la cambio por las asfixiantes de Londres, como no cambio los hechos de nuestros antepasados por los de otro pueblo, sea el que quiera.

Creo que siempre estamos en el deber de mejorar nuestra condición social, política y financiera; pero no creo que estemos tan en ludibrio ante las demás naciones que no nos quede otro consuelo que el que proporcionan las lágrimas y el abandono.»

Con relación a lo pasado, casi tiene razón el señor Gallardo.

Fábula por fábula, la fábula española es muy bonita.

En cuanto al presente, ya es otro cantar.

El Sr. Gallardo es posible que no haya sido víctima de ninguna injusticia y le irá bien en el *machito*, y ¡es claro!, se contenta con ser español.

Y él se contenta con ser español, como yo me contento con ser pobre: ¡porque no puedo ser rico!

¡Misté qué tonterías!

En todas partes cuecen habas, amigo; pero crea usted que en España se cuecen a calderadas.

Y es una vergüenza, que quiera usted ó que no quiera.

CARRASQUILLA.

El Diccionario de la Vida

Propongo la creación de un Diccionario de mi exclusiva invención que ha de dar limpieza, fijeza y esplendor, no solo a la lengua castellana, sino a todas las habladas desde la torre de Babel a la de Eiffel. Mi Diccionario será más útil, más universal que el *volapuk*; será un Diccionario no solo de la lengua, sino de la nariz, de la oreja, del ojo, del corazón, del alma, de los cinco sentidos y tres potencias. Será, en fin, el «Diccionario de la Vida».

Así como hay cosas vivas y muertas, hay palabras muertas y vivas. Las que expresan cosas inanimadas, formas, líneas, colores, la Naturaleza, la materia bruta, son palabras muertas. Para usarlas y comprenderlas nos basta que un Diccionario nos las defina y la Gramática nos diga qué son sustantivos, adjetivos ó verbos.

Las palabras vivas, ¡ah!... esas son ya harina, no de otro costal, sino de otro trigo. De esas palabras que expresan nuestras sensaciones físicas y las impresiones de nuestro espíritu apenas si conocemos el significado, pues las pronunciamos como papagayos, ignorando los dramas infernales ó los celestiales poemas que muchas de ellas contienen en las diez ó doce letras que las componen. Esas palabras no son sustantivos ni adjetivos; son nuestra esencia y sustancia, nuestra carne, nuestra mente, nuestro ser, nuestra historia, y para comprenderlas hay que emplear un nuevo Diccionario, es decir, el Diccionario de la Vida.

Vaya un botón para muestra.

Hambre. Aunque la Academia me la defina, declaro que ignoro el significado de esta palabra. Sé que el hambre es la fuerza motriz y matriz de la humanidad. Yo he sentido apetito, debilidad, gana de comer; pero inmediatamente mi cocinera (*Cordon noir*) ó el cocinero (*Cordon bleu*) de un amigo, ó el mozo de un restaurant, ó la moza de un bodegón, han puesto ante mí platos ó cazuelas más ó menos dignos de Lúculo, Trimalción ó Vater, sin darme tiempo de llegar a comprender los retortijos, flatos, calambres, desmayos, convulsiones y agonías producidos por ese monstruo roedor que se llama el Hambre. Solo Ugolino en su torre, solo el desvalido, el cesante sin el haber que por clasificación le corresponde, el náufrago, el mendigo; solo los que han sentido el *horror vacuum* del estómago, la voracidad tiburónica que hace guisables y hasta *debi-chupables* tronchos, ratas y sucias de zapato, solo esos, y no el gastrólogo, saciado de trufas y perdices, conocen el verdadero significado de la palabra hambre, porque la han estudiado en mi Diccionario de la Vida.

Frio. Pues, señor, tampoco sé lo que quiere decir frío. En cuanto he sentido *fresco* me he puesto gaban, capa, bufanda, pieles, guantes y otras prendas defensivas; me he acercado a la chimenea, estufa ó brasero, y he entrado en calor antes de llegar a saber qué cosa es ese terrible frío, esposo de la muerte, que despuebla el Polo, hace un infierno ruso de la Siberia, entierra ejércitos en la nieve, penetra por la desvenecada ventana de la bohordia y paraliza el cuerpo del descamisado. El frío para mí ha sido el cristalino terrón de hielo que ha *frappé* mi Champagne ó solificado un sorbete; sus inclemencias no han pasado de un par de sabañones ó una docena de estornudos.

¿Qué sabe el rico ocioso, el *farnientista*, lo que quiere decir esa palabra de hierro, *trabajo*? ¿Qué sabe lo que es *cansancio* ese animal *octópodo* que anda siempre, no a cuatro, sino a ocho patas de sus caballo? ¿Qué sabe lo que es *valor* quien no ha arrojado más peligro que un arañazo de su querida ó de su gato? ¿Cómo sabrá el sentido de la palabra *gloria* quien ha visto, no el campo de batalla donde a balazos se arrancan los laureles, sino la entrada de un ejército vencedor bajo arcos triunfales de cartón y percalina? ¿Cómo comprenderá lo que significa *abnegación* el egoísta, *patriotismo* el indiferente, *ciencia* el ignorante, y así tantas y tantas otras palabras que sólo se aprenden viviéndolas?

Para aprender la verdadera y única *lingua viva* a que mi Diccionario se refiere no sería preciso Universidad ni profesores. Bastaría con que nuestros padres, convertidos en maestros, nos diesen un curso experimental de un año para graduarnos de bachilleres, no en ciencias, sino en cosas. Por ejemplo: nos tendrían dos días sin comer ni beber, sin cama y sin abrigo, y cuando, desfallecidos, sedientos, bostezantes y tiritantes, clamásemos a gritos, nos dirían:—Eso que sientes es lo que se llama hambre, sed, sueño y frío.—Y así aprenderíamos a dar de comer al hambriento, de beber al sediento y a vestir al desnudo, en vez de hacer de estas obras de misericordia una mera teoría de catecismo.

Después, durante una semana, nos llevarían de visita a los desvanos, chozas y tugurios de los pobres de mayor solemnidad, y al ver los dramas, no en tres, sino en 365 actos (á acto por día) de la necesidad, desamparo, desnudez, sujeción y desesperaciones que allí se representan a telón corrido y a espaldas de la galería, comprenderíamos el sentido y alcance de esta trágica palabra: *Miseria*, esa cosa sagrada, *Res est sacra nuser*, como decía Séneca; pues, como dice George Elliot, hay que ser pobre para comprender lo que es el lujo de dar. Otro día nos llevarían al hospital para, cama tras cama, estudiar, comprender y grabar en la conciencia estas dos tremendas palabras: *Dolor*, *Muerte*. Por supuesto, si durante quince días nos encerrasen en el *boudoir* celular de una cárcel, al salir, al volver, como Dante, *à riveder le stelle*, ¡cómo bendeciríamos, predicaríamos y defenderíamos esta palabra tachada por alguien de cursi-progresista: *¡Libertad!*

¡Ah!... Así es como se aprenden las palabras, vivitas y coleando, como los peces. La letra con sangre entra; la palabra con llanto y fuego se graba en el corazón como la marca en el anca del caballo. Hay que vivir y ver y vivir las palabras para entender bien la lengua del alma.

Por aprender las palabras no en acción, sino solo en la gramática, es por lo que no nos entendemos, por lo que nos dividimos en sectas, escuelas ó partidos, y peleamos unas veces a gritos, otras á discursos, otras á puñetazos y otras á tiros. Por eso, el día que en mi Diccionario se pongan alfabéticamente aquellas palabras universales que hay que vivir y experimentar para comprenderlas, ¡cuántas ideas se rectificarán! ¡Cuántas nuevas filosofías surgirán de la conciencia humana! Quizás la caridad, la fraternidad, la humanidad, la felicidad y tantas otras acabadas en dad, en vez de nombres propios del género femenino, serán nombres verdicados del género divino. Pero nada: seguimos usando el *Diccionario de la Lengua* y hablando con el fonógrafo de la inciensencia, y por eso cada hombre da un sentido personal á las palabras, y con ellas, traducidas a gusto del consumidor, forma su criterio individual. Por eso cada

cabeza usa su sombrero por fuera y sus ideas por dentro. *Tot capita tot sensus.*

¡Ah! ¡Cuántas veces, como Lexna, deberíamos cortarnos con los dientes la propia lengua antes de hacer de ella viperino instrumento de errores, perjuros, falsías, calumnias, ofensas y blasfemias, hijo de nuestra ignorancia de tantas cosas de que hablamos con grandilocuencia y hondilocuencia que, en realidad, es solo gramatical tontilocuencia, mero ruido silábico.

Si hay cuestiones en que, como suele decirse, para muestra basta un botón, con la media docena de ellas que he presentado basta y aun sobra para demostrar la necesidad de confeccionar mi Diccionario vivo internacional, y si es posible interastral, y de nombrarme a mí académico de esa lengua que ha de limpiar el corazón, fijar la conciencia y dar esplendor a la razón del hombre.

He dicho.

Y si el lector me ayuda, podré decir: He hecho. Aunque del dicho al hecho hay mucho trecho.

¡Ya lo creo! Un trecho de otros veinte siglos.

JOSÉ ALCALA GALIANO.

UN DEMENTE

—¿Qué es de tí, chico?—le pregunté.—No se te ve por ninguna parte. Para dar contigo, hay que venirse a buscar a esta tienda de Aquiles, a donde te has retirado como los cenobistas al yermo.

Se levantó, se aseguró de que nadie nos escuchaba, cerró cuidadosamente la puerta, y volviéndose a mí, díjome con aire lleno de misterio:

—Me ocurre una gran desgracia. Sólo a un amigo como tú la confesaría. ¡He perdido el juicio!

—¡Qué tontería!—exclamé.—¿De dónde ha podido venirte tan extraña imaginación? ¿No comprendes la contradicción que encierra? Ningún loco da en la manía de imaginarse que lo es. El loco que conociera su locura ya no sería loco.

—Es un error—replicó.—Hay un delirio razonante que es el que yo padezco. ¿Cómo llamarías tú al que en todas las cosas, sin excepción alguna, pensara de una manera diferente de como piensan los demás?

—Le llamaría raro, extrabóptico, excéntrico, extravagante...

—Originalidad, extravagancia, manía, demencia, ¿qué son sino los términos de una serie? ¿Es otra cosa la vesania más que la incoherencia de las ideas que nos pone en pugna con el sano sentido común?

—¿Y en qué consiste tu perturbación?

—Mi perturbación consiste en encontrar racional a lo disparatado y lógico a lo absurdo. La dialéctica hace bancarrota en mi cerebro. Entre el principio y la consecuencia mi entendimiento sufre extravío. Adolezco de una dislocación del silogismo. ¿Lo entiendes ahora?

—Menos que antes.

—Lo entenderás en cuanto te haya puesto algunos ejemplos.

—No es evidente que los hombres públicos que han regido los destinos de España de veinticinco años a la fecha son los principales causantes de su ruina y abatimiento? La opinión pública así lo ha estimado, y yo con ella. Pero la opinión sensata ha sacado en consecuencia que era preciso confiar la regeneración de la patria a esos mismos hombres que la perdieron. Yo, como estoy loco, les hubiera hecho expiar su crimen o su imprudencia, y cuando menos les hubiera arrojado a escobazos. Ya ves que mi demencia no es tan pacífica como parece, y tiene sus accesos de furia.

Todo el mundo conviene en que la ignorancia nos ha llevado al abismo. Los cuerdos infieren de aquí que es necesario dejar inductada o la instrucción pública y poner la educación de la juventud en manos de la clérigalla. Yo, en mi frenesí, hubiera hecho mil despropósitos. Hubiera sacado de la tierra doscientos millones al año para consagrarlos a esta primordial atención. Hubiera traído del extranjero maestros que nos desasnaran. Hubiera enviado a Europa millares de pensionados para que allí lo aprendieran todo, desde las más altas especulaciones filosóficas hasta el arte de fabricar quesos. Dios sabe hasta qué punto me hubiese arrastrado mi delirio.

Los yanquis herejes nos sentaron las costuras a los ortodoxos españoles. De este hecho los discretos han sacado la moraleja de que aquel desastre fué un castigo de nuestra impiedad, y que, para evitar la repetición de males

tamaños, es indispensable perseguir la herejía y el librepensamiento, extremar las exterioridades de la devoción y meternos en la frailocracia hasta el cogote. Yo había pensado que urgía hacer con la Edad Media un corte de cuentas y plantarnos de un solo salto en el siglo 20.

La sociedad española tenía que transformarse de arriba abajo. Una revolución completa, total, absoluta, se hacía indispensable. Como nada debía conservarse, fueron llamados al poder los conservadores, seguidos a poco por los fusionistas, sus primos hermanos. Es la lógica de los cuerdos. Yo, insensato, lo entiendo de otro modo. Para hacer una revolución, habría apelado a los revolucionarios. Para transformar la sociedad de arriba abajo, hubiera echado mano de los radicales. ¡Mira tú que disparate!

Y así en todo. Mi lógica se da de bofetadas con la de los demás. Ellos y yo pensamos a contrapelo. ¿Hay dudas acerca de lo acaecido en la fortaleza de Montjuich? Lo mejor, según la sensatez, es no aclarar esas dudas. ¿Estiman los de la Unión Nacional que del régimen actual derivan todos nuestros males? Lo que procede en razón es declararse neutral entre este régimen que ha perdido a España y otro que pudiera salvarla. ¿Juzgan los republicanos que su espantoso fracaso es efecto de su desunión? Lo oportuno, lo que demanda el buen juicio, es seguir como hasta aquí, tirándose los bonetes... Y yo erre que erre, pensando todo lo contrario.

Y hay más. Si yo tuviera una hija destinada a ser, por ley natural, esposa y madre. ¿Cómo me había de ocurrir encomendarla a aquellas que han renunciado a ser jamas madres ni esposas. Si se tratara de preparar a un hijo para las luchas de la vida, ¿cómo había de confiar su preparación a los que dicen haber abdicado de la vida para evitar la lucha? ¿Enriquecería con mis dádivas a los que han hecho voto de pobreza? ¿Consentiría que dirigiera la conciencia de mi esposa un hombre que ha renegado del matrimonio y de la familia? No: eso sólo lo hacen los cuerdos; los cuerdos que se imaginan que la edad de dieciséis años es el momento crítico de la mayoría política y la plenitud de la capacidad estadística.

—Pues mira le dije—en ninguno de los ejemplos que has citado encontré el menor síntoma de la enajenación mental de que dices adolecer.

—¿Cómo que no?—gritó colérico mi amigo.—¿Pretende, por ventura, que crea que todo el mundo ha perdido aquí la chaveta, y que yo soy el único, o poco menos, que conserva uso de razón?

ALFREDO CALDERON.

De actualidad

Dicen de Pamplona que los diputados y senadores entregaron a Weyler una protesta contra los palacios en la cuestión de audiencia.

Weyler, hablando con los corresponsales, hizo zolo afablemente, extrañándose de que exhibiendo autorización, los expulsaran del fuerte.

Ofrecióse tratar con energía el asunto al llegar a Madrid, y dijo estar contrariado.

El *Imparcial* pide la denuncia del tratado con Portugal, que caduca el 6 de Septiembre.

Señala partidas ruinosas para nuestra producción, especialmente la de Andalucía y Extremadura.

Aboga para que se concierte otro que beneficie siquiera los trigos y azúcares españoles a cambio de los ganados que importa Portugal.

Al Haya llegaron los generales boers, siendo objeto de recepción entusiasta.

Botha propónese escribir fina memoria de la guerra, en la que expondrá mucho que tiene que decir.

Sagasta ha desmentido la supuesta dimisión de Weyler.

Un terrible incendio ha destruido la ciudad de Oatnak, en Borneo. Millares de víctimas.

En una casa de la calle de Segovia (Madrid), hay diez intoxicados por leche en pésimas condiciones.

Dicen de Vitoria que al pasar por Alsasua el rey pidió los periódicos de Madrid. Contestáronle que no los había.

Circula rumor autorizadísimo de que el general Pacheco está enfermo en el hotel Quintanilla.

En San Sebastián el Gobernador ha prohibido la manifestación con músicas para recibir a los periodistas que regresan de Pamplona. Proyéctase obsequiarles con un banquete.

En Barcelona ha sido denunciada *La Veu de Catalunya* por una carta recomendando la lucha a los catalanes hasta conseguir que Cataluña sea para los catalanes.

Se ha aplazado hasta mañana la reunión de la ponencia sobre baja de los cambios.

Tampoco se ha reunido la ponencia sobre reforma del Consejo de Estado.

El *Heraldo* publica declaraciones del señor Sagasta.

Está conforme con que los ministros son responsables en todo momento de los actos del rey, pero la práctica enseña que durante los viajes se producen incidentes inevitables por exceso de celo de las personas allegadas.

Cuando regrese Weyler se sabrá el alcance del incidente del fuerte de San Cristóbal.

Ahora lo conoce solamente por los relatos de la prensa.

Del asunto se tratará en el Consejo del sábado.

También acordaremos—agregó—restablecer las garantías en Barcelona.

Trataremos de la reforma del Consejo de Estado y negociaciones sobre el Concordato.

Agüera y Rampolla conferencian dos veces por semana y hay buenas impresiones.

Las Cortes se abrirán a fines de Octubre.

La suspensión de las garantías en Barcelona se acordó levantarla en el último Consejo.

Solo se espera que regrese Weyler.

Es probable que la *Gaceta* publique el decreto el domingo.

La diputación de Vitoria dió un banquete en honor de 75 alcaldes de aquella provincia.

Confírmase que el general Pacheco se quedó en Vitoria.

Dícese que está enfermo de cuidado y es comentadísimo lo repentino de la enfermedad.

El rey regresará mañana a San Sebastián.

La reina y la infanta saldrán el domingo de París y llegarán el lunes a San Sebastián.

En los primeros días de Septiembre los reyes irán a Bilbao.

Desde San Sebastián, el *Marta de Molina* zarpó para Pasajes, a fin de repostarse de carbón.

El *Urania* y el *Temerario* regresarán mañana.

Dicen de Londres que en la conferencia que celebrarán el miércoles en el Haya Küger y los generales boers, aquél abdicará en favor de Botha, Fisher, Dewet y Walmarans la dirección del pueblo boer y capitales que posee.

La próxima combinación militar dícese que comprenderá la Capitanía general de Madrid pasando Macías a la Dirección general de Carabineros.

El ministro de la Guerra regresará a Madrid el sábado después de dejar al rey en San Sebastián.

El Consejo ha sido aplazado hasta la semana próxima.

Apunte de viaje

Estoy cansado del viaje, de todo el viaje de mi vida, y siento además por no sé qué nueva atracción que nunca me ha seducido, el deseo de entrar en la vieja ciudad de las torres cuadradas y de los muros pardos. Dejo el tren, que viene igualmente fatigoso bajo el solazo tremendo de la amarillenta llanura, y entro a pasar la tarde en el castellano pueblo. Pasa el coche de la fonda sobre el polvo removido y ahogado, que ensucia los cuerpos. Después, entro en la ciudad, golpeando el hierro mohoso de los ejes sobre los vetustos empedrados, y asoma tal cual comerciante curioso y holgazán, entre las cortinazas de lona a rayas que libran los escaparates del del sol abrasador de las doce...

Como, y medio somnoliento de calor, de cansancio y de soledad, voy por las calles adelante.

De algún café de lujo sale un ruido que habla de que la ciudad vive. En algunos soportales grandes hay mesas de cafés interiores, en donde juegan a sus aochas hombres en mangas de camisa, que ríen y luchan por el juego. En otras mesas se habla mal de algún vecino, a quien se tiene gran consideración sin embargo. Después, calles y más calles solitarias y yerbosas. Tiendas adormitadas, conventos, murazos de piedra desgastada y amarillenta, silencio y más silencio.

Yo voy hacia adelante, atraído por el misterio doloroso de la soledad. Pero no tras el misterio que corre por la quietud del campo en las solemnes horas de las noches de verano, bajo las nieblas que salen por las gargantas, sino tras el misterio enorme de algo que sabe a muerte. Recorro las tortuosidades de la calle, que nunca se termina, me paro en los rincones que forman los restos arqueológicos, miro a través de rejas

y de portaladas colosales, y no hay más que una profunda, pesada y cadavérica soledad. Tanteo los pasos míos que quiero hacer imperceptibles y no puedo... Tan, tan, tan, van resonando de rincón en rincón, de muro en muro, de casa en casa, de tumba en tumba, para mejor decir. Y no hay una ventana que se abra, ni una mirada que brille en el fondo misterioso de un portalón, ni un pajarraco de esos que suelen murmurar en los aleros floridos de los caserones.

Voy hacia la catedral.—Está allá abajo, junto al Duero, más abajo—me habían dicho en la fonda.

Y el viejo montón de piedras no parecía por aquellas soledades.

Una muchacha salió de pronto por debajo del arco de una calle que parecía venir del campo. Era una criatura de ojos de mora, con una cara de color de ámbar claro, un pelo muy rizado, un cuerpecito de culebros de bailadora. Ses ojos, el mirar de sus ojos, no estaba en armonía con las movilidades voluptuosas de sus caderas. Miraban piadosamente, como un alma atormentada y triste. Cruzó de acera, a la inspección de mis ojeadas, se puso delante de mí, y siguió largo rato por el fondo de la calle, resacando sus piecitos como un cantar de pandereta bohemia...

Dos ó tres veces desapareció aquella alegría exquisita en las revueltas de la calle. El extremo de su vestido azul, parecía desaparecer para siempre, y otra vez revoleaba de nuevo un poco más allá...

Peró en el ángulo de una iglesia solitaria la muchachita de los ojos entristecidos desapareció para siempre. Había una casita de ventanas altas y estrechas, por donde únicamente podía haber desaparecido, pero estaba cerrada; su puerta tenía una inmovilidad rars, como si hubieran pasado siglos sin abrirse. No se oyó ningún golpe; apliqué el oído y no se oía en el fondo ningún movimiento; me detuve a mirar hacia la ventanilla y no se vió ningún signo de vida.

Parado en la plazoleta, en pleno silencio de las tres de la tarde, esperé un poco, mirando y remirando. Nadie, nada... Me envolvía un misterio voluptuoso de poesía medioeval y estaba a gusto con aquella tristeza exquisita que me había dejado la desaparición inexplicable de aquel trajecito azul. Me moví, escuchando pasos resogantes, me pegué de nuevo a la puerta cerrada, masché luego lentamente, volviendo los ojos a ruidos de pasos que parecían seguirme, a veces de faldas que parecían rozarme, y de pronto se presentó la enorme plaza de la Catedral, enmedio de un sol de desierto, enmedio de un silencio de ciudad abandonada.

No había nadie, los pájaros de los campanarios dormían, las verjas estaban cerradas; unos perros flacuchos parecían muertos en mitad del polvo abrasador, las ventanas de todas las casuchas próximas estaban cerradas, el Duero, que se veía a lo lejos por debajo del arcón de la muralla, no se movía en su honda profundidad...

La faldita azul era mi visión más intensa, robándome de mi corazón todo otro sentimiento artístico hacia la piedra y hacia las edades. ¡Aquellos ojos entristecidos de muchachita enamorada!

Subí de nuevo por la calle arriba deseando encontrar el recodo de la iglesia parda. En aquella plaza se habían perdido los revuelos del trajecito azul, se había desvanecido la mirada piadosa, se había extinguido de una manera incomprendible para la razón, los pasos resonantes como el cantar monótono de una pandereta bohemia...

Peró la volví a ver, lleno de sorpresa y de alegría. La volví a ver, cuando empezaban a resonar allá abajo las gangosas campanas de la catedral llamando a coro pesadamente.

La volví a ver, allá en lo alto de la casa solitaria, detrás de los cristales, saliendo de ellos el ambar claro de la carita, el calor de las manos sobre el azul obscuro de los vestiditos revoladores y la cabecita un poco doblada como la imagen preciosa de una vidriera de color...

R. SANCHEZ DIAZ.

Noticias locales

LA CUESTION DEL AGUA

Hasta hoy no regresó a Sevilla la comisión de concejales que ayer marchó al inmediato pueblo de Alcalá de Guadaira, con objeto de ver el estado en que se hallan las obras que se ejecutan por cuenta de la Empresa con objeto de aumentar el caudal de aguas que hoy dispone aquella para el abastecimiento de la capital, y terminar el aforo de la cantidad de agua que dan los manantiales llamados de *La Aceña*.

Según nuestros informes, el aforo resultó en extremo deficiente por no ser perfectos los aparatos con que se verificó aquél.